

Meditación de La Primera Hora de la Agonía sobre la Cruz

Señor mío y Dios mío,
quiero acercarme a este momento sagrado de tu Pasión con profundo silencio interior.
Deseo permanecer junto a Ti mientras estás suspendido entre el cielo y la tierra, clavado en la cruz por amor a nosotros.

Jesús amado, permite que mi corazón entre en tu dolor,
que mi alma escuche tu voz,
y que mientras medito esta hora santa, mi vida se transforme por tu amor.

Hijo mío, acércate y mira.

Estoy ya sobre la cruz.

Los soldados han terminado su obra cruel.
Mis manos y mis pies han sido traspasados por los clavos.
La cruz ha sido levantada violentamente y ahora quedo suspendido entre el cielo y la tierra.

Mi cuerpo está desgarrado.

Cada herida arde como fuego.
Cada respiración es un esfuerzo inmenso.

El peso de mi cuerpo tira de los clavos que atraviesan mis manos y mis pies, y cada pequeño movimiento hace que el dolor se extienda por todo mi ser.

Mi sangre corre lentamente por la madera de la cruz.

El cielo observa en silencio.

La tierra tiembla.

Y yo...
permanezco aquí por amor.

Mira mi rostro.

La corona de espinas sigue clavada en mi cabeza.
Las espinas penetran profundamente y la sangre cae sobre mis ojos.

Pero incluso en medio de este dolor, mis ojos buscan a las almas que amo.

Busco corazones que quieran comprender lo que estoy haciendo aquí.

Estoy entre el cielo y la tierra porque vine a reconciliar al hombre con Dios.

La humanidad estaba perdida.

El pecado había cerrado las puertas del cielo.

Y ahora, en esta hora de agonía, yo las abro con mi sangre.

Hijo mío, contempla mi respiración.

Es difícil respirar.

Para tomar aire debo empujar mi cuerpo hacia arriba apoyándome en los clavos de mis pies.

Cada vez que lo hago, el dolor atraviesa mis manos y mis pies como un rayo.

Pero si no lo hago...

mi pecho se oprime y me falta el aire.

Así comienza mi agonía.

Una lucha constante entre el dolor y la necesidad de respirar.

Cada respiración se convierte en un acto de amor.

Cada respiración es ofrecida por las almas.

Mira también mi corazón.

No sólo sufre mi cuerpo.

Mi alma también está sumergida en un océano de dolor.

Desde la cruz veo a toda la humanidad.

Veo las generaciones pasadas, presentes y futuras.

Veo los pecados del mundo.

Veo las blasfemias, los odios, las injusticias, las traiciones, las indiferencias.

Cada pecado hiere mi corazón más profundamente que los clavos.

Sin embargo...
no dejo de amar.

Escucha mi voz interior.

En esta primera hora de agonía comienzo a hablar con el Padre.

“Padre mío, mira a tus hijos.

Están perdidos... pero yo los amo.

Perdónalos.

Ten misericordia de ellos.

No mires sus pecados... mira mi sangre.”

Cada gota de sangre que cae de mi cuerpo es una súplica de misericordia.

Hijo mío, mira hacia abajo.

A los pies de mi cruz está mi Madre.

Su corazón está traspasado por el dolor.

Ella me mira con amor infinito.

No puede aliviar mi sufrimiento...
pero su presencia consuela mi corazón.

Sus lágrimas caen sobre la tierra.

Cada lágrima es una oración por las almas.

El dolor de mi Madre se une al mío.

Dos corazones unidos en el sacrificio por la salvación del mundo.

Mira también a los que me rodean.

Algunos se burlan.

Otros me insultan.

Dicen:

“Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz.”

No comprenden.

No saben que si bajara de la cruz, el mundo quedaría sin redención.

Permanezco aquí porque mi amor es más fuerte que el dolor.

Hijo mío, en esta hora de agonía pienso en ti.

Pienso en tus luchas.

Pienso en tus caídas.

Pienso en tus momentos de debilidad.

Y desde la cruz digo al Padre:

“Padre, mira a esta alma que amo.

No permitas que se pierda.

Dale gracia.

Dale luz.

Dale fuerza.”

Cada alma es preciosa para mí.

Cada alma vale mi sangre.

Mira mis manos.

Están abiertas y clavadas.

No pueden moverse.

Pero están abiertas para abrazar al mundo entero.

Desde esta cruz abrazo a los pecadores.

Abrazo a los que sufren.

Abrazo a los que lloran.

Abrazo incluso a los que me rechazan.

Mi amor no tiene límites.

Ahora escucha el silencio del Calvario.

El viento sopla lentamente.

El cielo comienza a oscurecerse.

La creación entera participa en este momento.

Los ángeles observan con profundo respeto.

El Hijo de Dios agoniza en una cruz.

Hijo mío, ven más cerca.

Coloca tu corazón junto al mío.

Escucha mi latido.

Aunque mi cuerpo está destrozado, mi corazón sigue repitiendo:

“Te amo.”

Ese amor sostiene mi vida en esta hora.

Ese amor es lo que mantiene mi cuerpo en la cruz.

Pero hay algo que aumenta mi sufrimiento.

Es la indiferencia de las almas.

Muchos vivirán sin pensar en mi sacrificio.

Muchos recibirán mis gracias y no me amarán.

Muchos olvidarán este momento.

Eso hierde mi corazón profundamente.

Por eso te pido algo sencillo:

No seas indiferente a mi amor.

Permanece conmigo en esta hora.

Mira cómo mi sangre sigue cayendo lentamente.

Cada gota cae sobre la tierra como una semilla de salvación.

Donde cae mi sangre, nace la esperanza.

Donde cae mi sangre, nace el perdón.

Donde cae mi sangre, nace la vida eterna.

Hijo mío, en esta hora quiero enseñarte algo.

El amor verdadero sabe sacrificarse.

El amor verdadero sabe entregarse.

El amor verdadero permanece incluso cuando todo duele.

Así es el amor que te tengo.

Mientras pasan los minutos de esta agonía, mi cuerpo se debilita cada vez más.

Mis músculos se tensan.

Mi garganta está seca.

Mis labios están agrietados.

El dolor se extiende por todo mi cuerpo.

Pero mi mirada sigue llena de amor.

Quiero que recuerdes siempre esta imagen:

Yo, tu Jesús,
clavado en una cruz,
sufriendo en silencio,
amando sin medida.

Todo por ti.

Si alguna vez dudas de mi amor, mira la cruz.

Si alguna vez te sientes solo, mira la cruz.

Si alguna vez te sientes perdido, mira la cruz.

Aquí encontrarás la respuesta.

Hijo mío, quédate conmigo un poco más.

No me dejes solo en esta hora.

Muchos me abandonaron.

Muchos huyeron.

Pero tú puedes quedarte.

Tu amor consuela mi corazón.

Tu oración alivia mi agonía.

Jesús mío,
en esta primera hora de tu agonía sobre la cruz quiero permanecer contigo.

Quiero consolar tu corazón.

Quiero agradecerte por tu sacrificio.

Quiero ofrecerte mi vida.

Toma mis sufrimientos, mis alegrías, mis luchas y mis debilidades.

Únelos a tu cruz.

Y permite que mi vida sea una pequeña respuesta de amor al amor infinito que Tú me tienes.

Jesús mío crucificado,
no permitas que me separe nunca de Ti.

Que cada latido de mi corazón repita siempre:

Jesús, te amo.
Jesús, confío en Ti.
Jesús, gracias por tu cruz.

Amén.